

Rosa golpeó la puerta con los nudillos antes de abrirla. Después de entrar la cerró muy despacio, sin apenas hacer ruido.

Paco estaba sentado en su sillón, junto a la ventana, contemplando el exterior con mirada cansada. Siempre que Rosa venía de visita lo encontraba igual. Aquel viejo sillón fue lo único que se trajo de casa cuando tres años atrás, decidió pasar el tiempo que le quedaba en una residencia de ancianos. Los ahorros acumulados de tantos años de trabajo, junto con el dinero obtenido por la venta del vetusto caserón, le permitieron costearse una buena residencia en la que, además, podía disfrutar de un cuarto para él solo.

El anciano giró la cabeza y miró a la muchacha. Estiró los labios hasta dibujar una suave sonrisa que le dio un poco de luz a su acartonado rostro.

Ella, también sonriendo, cruzó la habitación y cuando llegó hasta él le estampó un sonoro beso en la mejilla.

—Hola, tito Paco.

—Hola, preciosa. Me alegro mucho de que hayas venido a verme. Empezaba a echarte de menos. Tú y tu madre sois las únicas de ahí afuera que os acordáis de mí.

—Siento mucho no haber venido antes. Es que..., últimamente ando un poco liada — se excusó la muchacha —. Entre el trabajo y los preparativos de la boda...

—No, cariño, tranquila, lo entiendo —la disculpó el viejo, mirándola de arriba abajo, con ojos agradecidos—. ¡Estás guapísima! Y además... se te ve feliz. Estoy muy contento por ti, de verdad. Por cierto... ¿cuántos días faltan para la boda?

—Veinte. No olvides que el hermano de Óscar vendrá a recogerte una hora antes de que empiece la ceremonia. Ya sabes..., mi cuñado. Le conoces, ¿verdad?

—Sí... —contestó el anciano un tanto dubitativo—. Creo que le he visto alguna vez.

—No importa, cuando llegue ya preguntaré abajo por ti. Tú procura estar preparado para las doce. —Se acercó un poco más a Paco—. ¿Sabes?, en el banquete te hemos colocado en la mesa de los novios, al lado de mi madre.

El viejo no dijo nada, pero una leve chispa de complacencia le brilló en los ojos, reforzando su sonrisa. Cogió las manos de Rosa.

—Siempre que vienes a verme me recuerdas a tu abuelo. Tienes su misma mirada: inteligente, franca, honesta.

—Pues precisamente de él he venido a hablarte.

Rosa liberó muy despacio sus manos de las del anciano. Cogió una silla, la acercó a la ventana y se sentó frente a él. Apoyó su bolso en el regazo, lo abrió y, tras hurgar en el interior, sacó un colgante con una medalla de plata. Lo puso sobre la palma de su mano y se lo mostró a Paco.

—¿Lo reconoces?

El anciano cogió el colgante y se lo acercó a la cara. Su expresión se paralizó en una mueca de estupor tras observarlo detenidamente durante unos segundos, desconcertando por un momento a Rosa.

—Era de tu abuelo Julián —aseguró con un deje melancólico.

Se trataba de un colgante ovalado, de color plata. El anciano se afanaba en abrirlo, pero el temblor que sacudía sus manos no le dejaba.

Rosa le ayudó.

Los ojos de Paco se humedecieron al contemplar la foto que había en el interior.

— Es tu abuela — aseguró después de exhalar un suspiro triste—. Él nunca se separaba de este colgante. Siempre lo besaba antes de entrar en combate. Lo recuerdo como si fuera ayer. Creí que nunca más volvería a verlo.

No dijo nada más. Cerró el colgante y, sin mirar a Rosa, desvió la vista hacia la ventana para fijarla en un punto indeterminado del parque que lindaba con esa parte de la residencia. La muchacha advirtió en los ojos del viejo una extraña mezcla de pesadumbre y temor.

Rosa esperaba a que Paco continuara con la conversación; pero la mente del anciano parecía haberse ausentado de allí para regresar a una época pasada.

Fue ella quien, ante el mutismo en el que se había encerrado Paco, tuvo que romper aquel silencio cargado de recuerdos que se había adueñado de la habitación.

— Una asociación que trabaja para la recuperación de la memoria histórica se puso hace unos días en contacto con nosotros. Se dedican a localizar fosas comunes de la época de la guerra civil. Suelen moverse en las zonas que desde los primeros días del alzamiento ya controlaban los sublevados al gobierno de la república.

Paco volvió la cabeza hacia la muchacha.

— Tu abuelo y yo luchamos al lado de los nacionales.

— Lo sé, tito Paco.

El anciano le devolvió la joya, agachó la mirada y anudó las manos con sus largos y sarmentosos dedos. Seguidamente apoyó los brazos en los del sillón intentando disimular el temblor que había empezado a zarandearlo tras reconocer aquel objeto que Rosa había traído del pasado. Su cuerpo, arrebujado entre dos cojines, parecía haberse encogido todavía más de lo que ya estaba cuando ella entró en la habitación.

Rosa cerró el colgante y acarició suavemente con el pulgar el nombre de su abuelo tallado en el reverso de la joya.

— Hay algo que no cuadra en la muerte de mi abuelo.

El viejo se limitó a levantar la vista.

— Encontraron la cadena en uno de los cuerpos exhumados en una pequeña fosa común, hallada muy cerca de un pueblecito del norte de la comunidad de Madrid. Una pala excavadora se topó con ella por casualidad mientras trabajaba en una finca. Los restos pertenecían a trece fusilados en la guerra civil. — Rosa, antes de continuar, hizo una pausa deliberada. Paco la escuchaba sin pestañear, con el semblante sombrío—. Cuando los antropólogos forenses identificaron los restos, resultó que doce de ellos pertenecían a civiles republicanos, como ya se sospechaba tras haber hablado sobre el hallazgo de la fosa con algunos vecinos del pueblo, mientras que el otro cuerpo, el que hacía el número trece y precisamente el mismo que portaba el colgante, pertenecía a un soldado nacional. Se trataba del cadáver de mi abuelo. Las pruebas de ADN lo confirmaron. — Rosa, con idea de que el anciano se animara a decir algo, hizo un silencio todavía más largo que el anterior, pero Paco no parecía reaccionar—. Según esto... — continuó ella —, lo que decía la carta que el ejército nacional envió a mi abuela no era cierto. — Se interrumpió un segundo para aclararse la garganta—. Tú sabes muy bien lo que ponía en esa misiva, tito Paco, porque días más tarde le llegó otra carta, ésta tuya, en la que corroborabas toda la información que los militares le habían remitido a mi abuela. Según ellos, y según tú, Julián murió en el transcurso de una ofensiva que llevó a cabo vuestra compañía con el objetivo de conquistar un pequeño pueblo para la causa nacional. Y lo hizo combatiendo con valor. Nadie esperaba una resistencia tan férrea. Tú mismo, tras terminar la guerra y regresar a casa, le explicaste a mi

abuela la dureza del combate y el tesón con que los republicanos defendieron aquel pueblecito que, en un principio, no parecía tener demasiada importancia para el general Mola, pero que sin embargo, y dada su cercanía a la sierra de Guadarrama, el oficial al mando de la columna ordenó conquistar como fuera. Una bala de mortero impactó de lleno en mi abuelo durante el asalto y volatilizó su cuerpo. Nada quedó de él. —Rosa tomó aire—. Ni su familia de sangre ni mi abuela pudieron velar el cadáver, llevarle flores y rezar al pie de su tumba. Sé que muchas familias, de ambos bandos, pasaron por lo mismo. Es muy doloroso no saber dónde descansan los restos de tu marido o de tu hijo, de tu padre o de tu hermano. Ahora, después de tanto tiempo, daremos por fin sepultura a mi abuelo como Dios manda; sabremos dónde reposan sus restos y podremos ir al cementerio a rezar por él, llevarle flores y llorarle. Él y su mujer descansarán juntos en el mismo nicho. —Rosa, antes de continuar, hizo una breve pausa y esbozó una tierna sonrisa—. Mi abuela, además de su recuerdo, también guardaba una cajita llena de objetos relacionados con el abuelo, entre ellos, la carta que le enviaron los militares y... también la tuya. Mi madre heredó esa cajita y ese recuerdo cuando ella murió. Y algún día todo eso pasará a mí.

Los ojos castaños de Rosa se humedecieron. Paco agachó otra vez la vista, incapaz de sostener por más tiempo la mirada de la muchacha. No podía decir nada. No le salía la voz.

Rosa acercó un poco más su silla al sillón del anciano. Ahora fue ella quien le cogió las manos a él, que seguían temblando.

—Queremos saber la verdad, tito Paco. Necesitamos saber por qué apareció el cadáver de mi abuelo en una fosa común junto a los restos de doce civiles republicanos.

Mi madre, que todavía estaba en el vientre de mi abuela cuando lo mataron, necesita saber por qué murió